
HISTORIA  MÍNIMA DE

los árabes

John McHugo

Desde la desintegración del imperio
otomano hasta las primaveras árabes

ÍNDICE

Lista de mapas	11
Glosario	13
Prefacio	17
Unas notas sobre la terminología	23
I Cuando la historia cambió de rumbo	25
II El distanciamiento	53
III Occidente toma el control	81
IV Un bocado indigesto para compartir	115
V Laicismo e islamismo	155
VI Occidente parece replegarse	175
VII La guerra de los Seis Días y sus consecuencias	223
VIII Irak, Israel, militancia y terrorismo	237
IX La era de los autócratas y el auge del islamismo	277
X Algo se rompe: la Primavera Árabe y sus repercusiones	307
Agradecimientos	345
Notas	347
Bibliografía	359
Sugerencias de nuevas lecturas	369

PREFACIO

I

*E*ste libro examina la larga historia de los árabes para ver cómo ha conducido a los problemas que padece su mundo hoy, y por qué ese mundo resulta a menudo hostil e incomprensible para muchas personas en “occidente”. ¿Los actuales disturbios distanciarán aún más a occidente y al mundo árabe, o son parte de un proceso purgativo que pudiera, en última instancia, exorcizar los demonios que se han interpuesto entre nosotros? El mundo árabe se halla en un periodo de transición, pero por ahora es difícil ver hacia dónde se dirige.

Los sucesos que en su momento llamamos la Primavera Árabe comenzaron súbitamente en Túnez a finales de 2010, y al principio se extendieron como un incendio en varias direcciones. Hallaron a los autócratas árabes sumidos en la autocomplacencia y la negación, pese a que, supuestamente, nada escapaba a sus temibles servicios de inteligencia. Fue asimismo una sorpresa para los estrategas, expertos y analistas de Europa y América, el ver a aquellos manifestantes de países árabes reclamando elecciones justas y derechos humanos; unas libertades que más bien damos por sentadas en occidente. Pero, desde el primer momento, las potencias extranjeras tuvieron en cuenta sus propios intereses y actuaron con frialdad, lo que inhibió inevitablemente sus reacciones. Las manifestaciones que sacudieron Egipto en enero de 2011 despertaron temores en relación con la seguridad del canal de Suez, y, al extenderse la agitación social hasta la Libia del coronel Gadafi, surgieron graves preocupaciones en torno al suministro de petróleo. Cuando este país se precipitó hacia una guerra civil, los europeos temieron la llegada a sus costas de una inmigración descontrolada, un temor que no ha hecho más que crecer exponencialmente desde entonces.

Por un tiempo, los regímenes dieron la impresión de desmoronarse como fichas de dominó. Nadie sabía qué país árabe sería el siguiente en caer. ¿Y si los disturbios acababan por extenderse hasta Arabia Saudí, el principal exportador de petróleo del mundo y el país que dio origen a Al Qaeda? Hay seis países árabes entre los quince mayores exportadores de petróleo, lo que hace de la región árabe un centro vital para el resto del mundo. En occidente, los dirigentes ya tenían suficientes dolores de cabeza con el bagaje de problemas no resueltos de la región. Fue en ella donde germinaron las semillas del terrorismo islámico a finales del siglo xx. Y había otros dos graves conflictos regionales que se resistían a desaparecer: el pleito inconcluso entre árabes e israelíes, que llevaba décadas siendo un factor desestabilizante, y la beligerancia creciente entre musulmanes suníes y chiíes.

Las esperanzas, por tanto, se empañaron de nerviosismo y desconcierto en tanto los gobiernos de todo el mundo reaccionaban sin unidad a los sucesos de los distintos países árabes, y a cada crisis le sucedía otra. Las revoluciones tienen vida propia. Pueden degenerar en guerras civiles. Así ocurrió de modo catastrófico en Siria cuando el régimen aprendió las lecciones de Túnez y Egipto y se negó a ceder el control. Las fuerzas mejor organizadas, no necesariamente las más populares o democráticas, son las que a menudo triunfan al final. Ninguno de estos levantamientos comenzó en nombre del islam, pero los políticos islamistas parecieron ser los beneficiarios de las primeras elecciones genuinamente democráticas en décadas en los países árabes. Aunque desde entonces los islamistas han sufrido algunos reveses, como el derrocamiento del presidente Morsi en Egipto, en julio de 2013, y la pérdida de escaños del partido Nahda en Túnez, en las elecciones de octubre de 2014, esto no ha hecho sino volver más confuso el panorama y más impredecible el curso probable de los acontecimientos.

Lo que está sucediendo en los países árabes nos afecta a todos. Occidente y el mundo árabe están entretrejididos, y no es posible contar la historia de los árabes sin analizar su interacción con el mundo occidental, que no siempre ha sido positiva para uno u otro bando. Incluso antes del 11 de septiembre de 2001, cuando el equipo de terro-

ristas suicidas de Osama bin Laden estrelló sus aviones secuestrados contra las Torres Gemelas y el Pentágono, ya en los países occidentales se hablaba con ligereza de un “choque de civilizaciones”.¹ Creo que el enfoque de este pensamiento es fundamentalmente erróneo. Las culturas civilizadas se influyen y se benefician mutuamente. En caso contrario, simplemente no son culturas civilizadas. La expresión “choque de civilizaciones” ha devenido casi un eslogan. Encuentra resonancia en personas con determinada actitud mental y determinada visión de la historia. Yo considero que lastra seriamente la investigación y el debate.

Por lo menos desde la guerra de octubre de 1973 entre Israel y sus vecinos árabes, Estados Unidos ha sido la potencia predominante en Oriente Próximo. Tras el derrumbe de la Unión Soviética, ha gozado de una cuasi hegemonía que ahora se le está escurriendo entre los dedos. Pero esta imposición de su voluntad traía aparejado un coste inmenso y a menudo pírrico. La intrusión de la política interna en su libertad de acción asemejaba a Estados Unidos a un borracho jugando con un cubo de Rubik. Por más que lo intentara, por mucha energía que empleara, los cuadrados de colores se negaban obstinadamente a alinearse, y el jugador perdía cada tanto la concentración. El problema era que, al igual que Gran Bretaña y Francia en periodos anteriores, las buenas intenciones estadounidenses quedaban sacrificadas regularmente ante el altar de la conveniencia política.

No es difícil dar con las razones de este fracaso. Con demasiada frecuencia, europeos y estadounidenses se han creado su propia imagen de los países de lengua árabe y del islam. Y han procedido a tratar con esta imagen y no con la realidad. La memoria distorsiona los retratos que crea, aunque normalmente hacemos lo todo lo posible por corregir esos retratos una vez que percibimos su distorsión. Sin embargo, a veces las emociones nos ganan la partida y la mente encuentra el modo de rechazar cualquier conflicto con el ideal que nos hemos construido. El mundo árabe y el islam se han vuelto puntos críticos en las guerras culturales de occidente, y en torno a ellos se han ido tejiendo los discursos históricos correspondientes. En algunos círculos, las actitudes que alguien muestre hacia el mundo árabe y el

islam pueden considerarse un indicador de su postura hacia la propia civilización occidental. Incluso hay gente que necesita al parecer de un retrato negativo u hostil de los árabes y musulmanes para su propia imagen positiva de occidente.

Esta imagen tiene su espejo, pues las emociones también pueden ganarles la partida a árabes y musulmanes. Hay gente en los países árabes que ve a occidente como la causa de todas las calamidades que han afligido desde siempre a sus tierras, el gran violador, el vil seductor que arrebatara aquello que codicia y deja a sus víctimas sin defensa: el asesino del orgullo y el homicida del honor. En ausencia de una voluntad de refrenarlo, el extremismo de estos puntos de vista occidentales y arábigo-musulmanes puede llevar un día a una mutua y segura destrucción. Mi objetivo es ayudar a los lectores a comprender la situación en la que se encuentra hoy el mundo árabe y la relación de esta situación con nosotros, los occidentales. Tales imágenes perderían entonces su poder.

II

Este libro se propone presentar por primera vez la historia de los árabes a los lectores occidentales que no estén familiarizados con ella. No presupone conocimiento alguno del tema, y fue escrito teniendo en mente a un público no especializado. He debido tomar decisiones difíciles sobre qué cosas dejar fuera, y se incluyen al final algunas sugerencias de lecturas.

Este libro demuestra que lo que ha estado aconteciendo durante décadas –de hecho, durante siglos– no es un choque de civilizaciones sino una concatenación de sucesos históricos, políticas erradas y terca ignorancia que han ido generando el creciente desencuentro de Europa y Estados Unidos por una parte y el mundo árabe por la otra. En consecuencia, a veces se ha abierto la puerta al nihilismo moral y se han empleado métodos turbios para la consecución de los fines. Allí donde esto ha sucedido se han originado ciclos de hostilidad cada vez más profundos. Por lo tanto, es vital comprender cómo ha llegado el

mundo árabe adonde se encuentra hoy en día, y solo es posible lograrlo aprendiendo su historia; de lo contrario, no podremos disipar las discordias entre nosotros.

Los árabes vinieron originalmente de la península arábiga, que actualmente se halla dividida entre los estados soberanos de Arabia Saudí, Yemen, Omán, Emiratos Árabes Unidos (EAU), Qatar, Baréin y Kuwait. Sin embargo, en muchos sentidos, Egipto (la nación más populosa del mundo árabe) y las tierras del Creciente Fértil (Irak, Siria, Líbano, Jordania y lo que fuera Palestina antes de la guerra árabe-israelí de 1947-1949) son las que han constituido el centro histórico del mundo árabe. Me he concentrado en la historia política de estas tierras centrales debido a su papel clave en la historia antigua del islam y en la Edad Media, así como en el encuentro con occidente en la era moderna. Esto ha implicado inevitablemente hablar menos de otros lugares. El árabe se habla a todo lo largo de la costa mediterránea hasta el océano Atlántico, y hasta bien adentro en el Sáhara. Es el idioma de la mayoría del pueblo de Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Sudán, y de mucha gente en Mauritania y Chad. Lamento no haber podido dedicar mucho espacio a estos países, y a otros de la península arábiga, salvo cuando los acontecimientos en ellos hayan sido esenciales para el argumento del libro.

Hay otros temas relacionados en los que no he podido ahondar por falta de espacio. Muchas minorías étnicas están desperdigadas por todo el mundo árabe. Solo las he mencionado cuando ha sido necesario en función de otros objetivos más amplios. Así pues, he incluido unas pocas palabras acerca de los kurdos de Irak y Siria, pero casi nada acerca de los amazigh o bereberes del norte de África que son especialmente numerosos en Marruecos y Argelia, o los nubios que están repartidos entre Egipto y Sudán. Son pueblos antiguos y orgullosos. Es importante reconocer la existencia de sus identidades independientes, que probablemente cobrarán mayor importancia en el futuro.

No todos los árabes son musulmanes, pero el islam está entretejido en la identidad árabe. Sería por tanto ridículo intentar contar la historia de los árabes sin explicar lo que es el islam y decir algo sobre

su relación con el cristianismo y el judaísmo. He incluido una considerable cantidad de material sobre el islam, pero está presentado con estos objetivos en mente. No hemos abordado la historia del islam en otras partes del mundo, incluidos Irán y otras áreas conquistadas por los árabes pero donde el árabe no llegó a ser la lengua nativa. Cuando toco asuntos culturales o sociológicos (tales como la situación de la mujer) lo hago con el objetivo de explicar un determinado aspecto.

Como ya he apuntado, la historia de los árabes no ha sido escrita únicamente por ellos mismos. Por ello, algunos capítulos de este libro incluyen material acerca de sus actores no árabes. En los capítulos II y III aparecen elementos de la historia de la Turquía otomana, mientras que el encuentro de los árabes con occidente, desde 1798 en adelante, llena buena parte de los capítulos subsiguientes. No es casual que casi todas las fronteras de los estados árabes modernos fueran trazadas originalmente por funcionarios en París, Londres y (en menor medida) Estambul (cuando era Constantinopla) y Roma. Las principales excepciones están en la península arábiga, donde muchas fronteras no quedaron trazadas sino hasta el fin de la época colonial. Desde 1948 ha habido también un estado no árabe situado en pleno corazón del mundo árabe. Este libro no es una historia de Israel y el proyecto sionista, pero menciona con cierto detalle algunos aspectos de la historia de Israel porque son esenciales para la comprensión del mundo árabe moderno de hoy.

JOHN MCHUGO,
junio de 2015

I CUANDO LA HISTORIA CAMBIÓ DE RUMBO

1

Intentar dar con el lugar donde se producen el amanecer o el crepúsculo es tan fútil como perseguir el arcoíris, pues al movernos en esa dirección provocamos que cambie su emplazamiento. “Oeste” y “este” deben ser vistos siempre como términos relativos. Por tanto, los credos universales como la cristiandad y el islam no se imaginan a sí mismos –o no deberían hacerlo– como occidentales u orientales. Entonces, ¿cómo y por qué tantos en Europa y América nos percibimos como “occidentales” y hemos decidido que los árabes y los musulmanes son “orientales” de un modo que para demasiada gente establece un burdo par de opuestos irreconciliables llamados “nosotros” y “ellos”? Ha aparecido una fisura de falla, así que no deberíamos sorprendernos si esta de vez en cuando ocasiona terremotos.

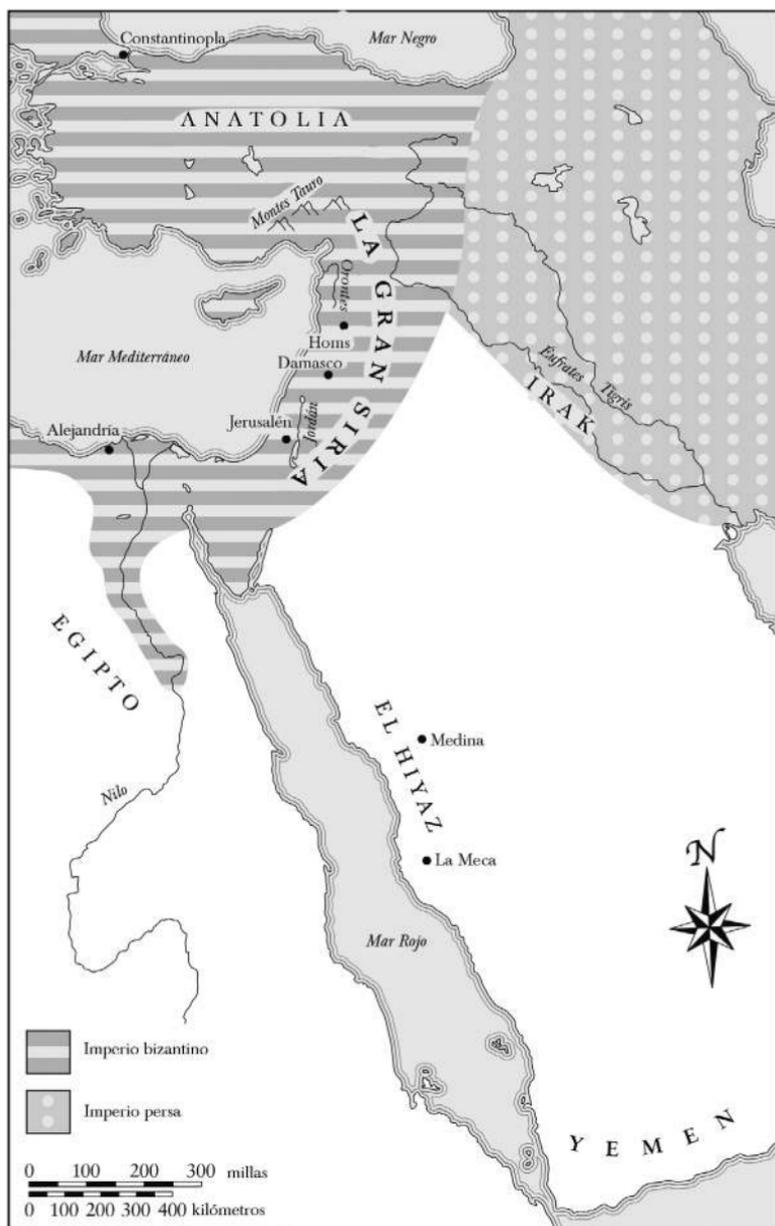
Comencemos por el principio, antes de que existieran el mundo árabe o el occidental. Hoy en día, para los occidentales hay algo de único en las principales regiones Oriente Próximo, donde ahora predomina el árabe: Egipto, la Gran Siria e Irak. Esto sucede porque los orígenes de occidente pueden remontarse a dichos países. Nos dieron las matemáticas, la arquitectura, las ciencias, la semana de siete días y mucho más. El europeo que visite las ruinas de los emplazamientos paganos de Palmira y Baalbek, o cristianos como Qalat Simaan y Qalb Lozeh, encuentra una arquitectura que le resulta familiar. Le recuerda a Grecia y a Roma y está estrechamente relacionada con su herencia. Casi podría decirse lo mismo de los pórticos, columnas y urnas tallados en las rocas multicolores de Petra. En la arquitectura, las estatuas y los mosaicos del mundo grecolatino existió una unidad de diseño y decoración que se extendía desde York, en la provincia de Britania, hasta Palmira, en el desierto sirio. No volvería a verse nada

similar en todo el Mediterráneo hasta que los estilos occidentales, que estaban basados en gran medida en modelos clásicos, comenzaron a reaparecer en las ciudades de las costas sur y oriental en el siglo XIX.

Columnas y capiteles, columnatas y cúpulas eran parecidos en todas partes. Los mosaicos que mostraban escenas de la mitología grecolatina y las estatuas con ropajes que podían ser reconocidos como clásicos se encontraban por todo el Mediterráneo. Toda ciudad que se preciara tenía su propio anfiteatro. La basílica de San Simeón Estilita, hoy en ruinas, en las lomas de las afueras de Alepo, y la mezquita omeya en Damasco –que tiene una deuda considerable con la arquitectura de la basílica– demuestran que los sirios están igualmente justificados para afirmar que fue en su país donde se originó la arquitectura románica, aunque hoy consideramos el románico una gloria de la Alta Edad Media europea y el precursor de un estilo esencialmente europeo como es el gótico. ¿Cuántos europeos hoy son conscientes de que los soldados de la Gran Siria sirvieron alguna vez en la muralla de Adriano y en los fuertes romanos a lo largo del Rin? ¿Y de que tanto la Gran Siria como África del norte dieron a Roma emperadores y papas, que Egipto suministraba a Roma su trigo, y que Constantino, el que construyó la nueva capital romana de Constantinopla –hoy Estambul– fue proclamado emperador por primera vez en York?

Dado que los principales territorios donde hoy se habla árabe fueron parte de lo que se iba a convertir en occidente, conservan un lugar especial en la psique occidental. Después de todo, tanto el judaísmo como el cristianismo se originaron en Palestina. Sin embargo, lo que hoy consideramos “occidente” no apareció hasta mucho después de que el cristianismo hubiera conquistado el mundo mediterráneo, lo que a su vez solo ocurrió después de que el judaísmo se hubiera extendido a través de él.

Consideramos a nuestros antecesores, los griegos y los romanos, como “occidentales” debido a la historia subsiguiente. En muchos aspectos, los romanos tuvieron más interés en las ricas provincias que habían adquirido en el este que en los toscos celtas y germanos que vivían al norte y al oeste, donde el centro de la civilización occidental emergería más tarde. Incluso se identificaban a sí mismos como



Arabia occidental, con los imperios persa y bizantino, en vísperas de iniciarse las conquistas árabes.

los descendientes de los refugiados troyanos que habían huido de su hogar en Asia Menor.

Los mayores peligros que afrontaron los romanos no estaban hacia el este, sino en el Rin y en el Danubio. Fue Alarico el visigodo, un bárbaro europeo, quien saqueó Roma en 410. Incluso cuando los persas sasánidas sitiaron sin éxito Constantinopla en 626, fueron sus aliados ávaros del valle del Danubio quienes cercaron los muros de la ciudad por el lado de tierra. Para entonces, el imperio romano había dejado de existir en occidente, pero su mitad oriental, lo que generalmente aún hoy llamamos el imperio bizantino, sobreviviría hasta el siglo xv.

Ese ataque persa en 626 no alteró el curso de la historia. Lo que lo provocó fue la aparición repentina del islam en la península arábiga unos pocos años después. La cristiandad occidental, que preferiría el uso del latín en sus escritos durante los mil años que siguieron a la caída del imperio romano occidental, se quedó mirando con temor y recelo a un mundo nuevo que lo miraba desde el otro lado del Mediterráneo y que se extendía hacia lo lejos.

2

Mahoma nació alrededor del año 570 y creció en La Meca, una lejana ciudad oasis en los desiertos occidentales de Arabia. La Meca despertaba poco interés en el imperio bizantino, que todavía controlaba el Mediterráneo oriental y meridional, o en Persia, que incluía lo que son ahora Irak e Irán. Los bizantinos cristianos toleraban desdeñosamente el judaísmo, pero no así los antiguos cultos paganos de Grecia y Roma. La religión estatal del imperio persa era el zoroastrismo, pero el cristianismo y el judaísmo también se encontraban bien representados en su territorio, y existía la esperanza entre los bizantinos de que con el tiempo se convirtieran al cristianismo.

La confederación de tribus que vivía en La Meca y sus alrededores se las arreglaba bastante bien gracias al comercio entre la Gran Siria al norte y Yemen al sur. La tribu dominante en La Meca, los querais-híes, tenía una segunda fuente de ingresos: la religión. Aunque se

asimilaba la creencia en un solo dios y la gente estaba familiarizada, al menos vagamente, con el cristianismo y el judaísmo, el punto focal de la religión árabe era la Kaaba, un santuario negro con forma de cubo, del que los quraishíes eran los guardianes oficiales. La Kaaba estaba rodeada por trescientos sesenta ídolos y había otros colocados en su interior. Las deidades individuales eran esencialmente locales y se ocupaban de necesidades específicas. Así, el dios Hubal, cuyo nombre invocaban los quraishíes al entrar en batalla, era también el dios de la lluvia. La Meca era el destino de una peregrinación anual desde distintas partes de Arabia que coincidía con un mercado importante y ayudaba a llenar las arcas de la localidad. Los seguidores de los cultos de La Meca y de Arabia occidental opusieron considerable resistencia a la nueva religión de Mahoma, lo que prueba que las antiguas costumbres aún conservaban cierto atractivo.

Mahoma pertenecía a la tribu Quraish, pero no a una familia importante. Había perdido a su madre cuando tenía seis años, y su padre había muerto antes de que él naciera. Lo criaron su abuelo y luego su tío, Abu Talib. De joven, se dice que se ganaba la vida como agente encargado de las caravanas que se dirigían a Siria, y que se casó con una de sus clientes, Jadiya, una señora rica, mucho mayor que él, pero que le dio varios hijos. De ellos, su hija Fátima le dio un nieto y continuó su linaje. En sus tratos comerciales tenía fama de honrado y justo, así como de hábil para apaciguar disputas. También era carismático y enérgico, pero poseía al mismo tiempo un lado solitario y meditabundo. Una noche se hallaba meditando en la caverna de una montaña en las afueras de La Meca cuando tuvo una visión en la que una figura, que posteriormente identificaría como el arcángel Gabriel, se le apareció y le dio un susto de muerte. La figura dijo:

¡Lee! En el nombre de tu Señor, quien creó todas las cosas.
 Creó al hombre de una célula embrionaria.
 ¡Lee! Que tu Señor es el más Generoso.
 Enseñó la escritura con la pluma
 y le enseñó al hombre lo que este no sabía.¹

Como ha sido también el caso de otros visionarios, la experiencia le resultó completamente inesperada y lo llenó de confusión. Temió estar poseído por algún demonio y dudó de su cordura. Sin embargo, terminó por aceptar las revelaciones, que continuarían durante el resto de su vida, y pronto tuvo la inquebrantable convicción de que era el profeta de Dios y determinó que llevaría a cabo la tarea para la que había sido designado: transmitir el mensaje de Dios a la humanidad. Estas revelaciones conforman el Corán, que fue compilado en un solo volumen después de su muerte.

Mahoma murió unos veintitrés años después de la primera ocasión en que creyó recibir la visita de Gabriel. Tras predicar por unos años, inicialmente a su familia y amigos, y luego más públicamente, su impacto en La Meca continuaba siendo limitado. Sus enseñanzas amenazaban el orden existente y la riqueza que esta localidad recaudaba gracias a los peregrinos que visitaban la Kaaba. Fue ridiculizado, le hicieron el vacío y corrió el riesgo de ser asesinado. Aquellos de sus seguidores que no contaban con la protección de una tribu poderosa, capaz de vengarlos en caso de ser asesinados o heridos, se encontraban en verdadero peligro. Por tanto, en 622 aceptó una invitación para trasladarse a Yatrib, un gran oasis a unas doscientas millas al norte, donde emplearía sus habilidades para resolver disputas actuando como árbitro entre las tribus del entorno. Se propuso establecer allí una nueva sociedad que estaría basada en su nueva religión. Y cambiaron el nombre de la ciudad a Medina, o *Al Madinah al Munawwarah*: la ciudad luminosa.

Una vez que Mahoma se estableció en Medina, surgieron nuevos problemas. Había cinco tribus en el oasis. Las dos principales, los Aws y los Jazrai, se convirtieron al islam. Aunque algunas conversiones nacieron del entusiasmo y el fervor, otras solo fueron superficiales y oportunistas. Además, aunque los líderes tribales parecieron aceptar el islam, en última instancia el poder político continuaba en sus manos. Mientras Mahoma residió en La Meca no se habían producido conversiones falsas. Se sospechaba de la lealtad de los *munafiqun*, “los simuladores” o “hipócritas”, como se conoció a los falsos conversos. Existía la probabilidad de que conspiraran con los enemigos en

La Meca, de quienes podía esperarse que hicieran lo imposible para desestabilizar el sistema de gobierno que se estaba gestando.

Lo mismo se aplicaba a las otras tres tribus del oasis. Estas estaban tomadas por árabes judíos: los Nadir, los Qainuqa y los Quraiza. Todos se encontraban bajo la protección de los Aws o los Jazrai, y, por tanto, sujetos a los acuerdos que esas tribus habían alcanzado con Mahoma. Algunos individuos se convirtieron, pero en su mayor parte hicieron como sus rabíes y rechazaron la nueva religión. Aunque Mahoma aceptaba que el judaísmo era uno de los caminos verdaderos a Dios, las tribus se encontraban entre las facciones que se le oponían y eran traidores en potencia a su nuevo sistema de gobierno. A su debido tiempo, dos de estas tribus fueron desterradas. Los Banu Quraiza, la tercera tribu, sufrieron un destino mucho peor. Se creyó que habían planeado traicionar a Medina en un momento crucial en la lucha contra La Meca que podía haber conducido a la caída del oasis. Los hombres adultos, excepto dos que optaron por convertirse al islam, fueron ejecutados, y las mujeres y los niños esclavizados.

Poco tiempo después la llegada de Mahoma a Medina, surgió un componente militar en el enfrentamiento con La Meca. Todo partió de una iniciativa de Mahoma y sus seguidores, quienes comenzaron a asaltar las caravanas comerciales mequíes. Él y sus seguidores habían perdido sus propiedades en La Meca y hasta cierto punto este componente militar se habría manifestado en las típicas incursiones tribales. Sin embargo, también indicaba que Mahoma creía que los habitantes de La Meca estaban decididos a extinguir la nueva fe, o al menos a frenar su expansión, y que, por tanto, el conflicto armado con ellos resultaba inevitable.

El primer encuentro importante fue la batalla de los Pozos de Badr. A principios de 624, en La Meca se enteraron de que un destacamento de asalto intentaba interceptar una importante caravana que regresaba de Siria. Aunque la caravana cambió su ruta y escapó, una fuerza enviada desde La Meca a auxiliarla se topó con un ejército musulmán mucho más reducido y entraron en batalla. A pesar de ser más numerosos, los mequíes acabaron completamente derrotados. La victoria de Badr marcó el comienzo de la tradición marcial musulmana, y Ma-

homa recibió una revelación diciéndole que a él y a sus compañeros los habían ayudado unas legiones de ángeles. Desde el punto de vista político, realzó su prestigio y constituyó un desafío a los mequies, que ahora tenían que vengar su derrota y aplastar a Mahoma. Desde entonces, Badr ha servido de inspiración a los musulmanes cada vez que van a la guerra.

Los mequies obtuvieron una venganza parcial al año siguiente en la batalla de Uhud. Mahoma resultó herido y llegó a temerse por su vida. La derrota fortaleció la reputación de los mequies, pero no provocó la desintegración del nuevo sistema de gobierno de Mahoma. Los mequies necesitaban hacer un último esfuerzo y para ello reunieron una enorme coalición.

A la tercera y última batalla se la conoce como la batalla de la Zanja o de la Trincheras (*al Jandaq*). Como tenían alguna idea acerca del tamaño de las fuerzas que marchaban contra ellos, Mahoma y sus seguidores se prepararon para un asedio. Cavaron zanjas defensivas en varios puntos alrededor del oasis para imposibilitar que cruzara la caballería. La táctica funcionó, y los musulmanes consiguieron repeler los ataques. Cuando el tiempo empeoró por el frío y la humedad, la coalición mequí se rompió debido a problemas con el aprovisionamiento y al malestar entre las tribus que habían venido con la esperanza de tomar parte en el saqueo cuando cayera Medina.

Mahoma parecía tener ahora la ventaja. Anunció que deseaba realizar el peregrinaje al santuario de la Kaaba, el cual, según las tradiciones de la zona, había sido construido originalmente por Abraham con la ayuda de su hijo Ismael como templo al único Dios verdadero. Tras las conversaciones, se acordó que Mahoma y los musulmanes pospondrían su peregrinaje por un año, pero que al año siguiente los mequies evacuarían la ciudad durante tres días para permitir la entrada de los musulmanes sin temor a los enfrentamientos. El aplazamiento implicó otra dolorosa concesión por parte de Mahoma, que acordó liberar a los mequies que se hubieran acercado a él como conversos al islam durante ese periodo. Necesitó de toda su autoridad y carisma para persuadir a algunos de sus seguidores de que aceptaran lo que parecía un revés, pero estaba negociando con habilidad. Poco

después de que los musulmanes hubieran hecho su peregrinación a La Meca, se aprovechó de un incumplimiento del armisticio por parte de los quraishíes. Cuando marchó contra La Meca, la oposición se derrumbó y Mahoma consiguió hacer una entrada triunfal en la ciudad.

Se suprimió entonces el politeísmo árabe y la Kaaba quedó limpia de ídolos. Los santuarios en los pueblos vecinos también quedaron desmantelados, en ocasiones tras encontrar resistencia. Las condiciones de Mahoma para la capitulación incluyeron siempre la adopción de la nueva fe. Los ejércitos y emisarios de Medina persuadieron a las confederaciones de tribus y a los gobernantes de la mayor parte de Arabia de que lo reconocieran como el profeta de Dios, aunque a menudo no tenían idea de lo que implicaba. Medina continuó siendo la capital, pero la reforma de los ritos de peregrinación preislámicos garantizó que La Meca fuera el punto focal de la nueva religión. En 632, el último año de su vida, Mahoma realizó la peregrinación con un gran número de sus seguidores. Estaba envejeciendo y tal vez fuera consciente de que no le quedaba mucha vida. Si ese fue el caso, es sorprendente que no dejara a la comunidad ninguna disposición que fuera aceptada universalmente después de su muerte.²

III

La nueva religión se ubicaba a grandes rasgos dentro de “el mismo universo de pensamiento”³ que el cristianismo o el judaísmo. Las tres doctrinas comparten creencias clave como la trascendencia y unidad de Dios, el perdón de los pecados tras el arrepentimiento sincero, el juicio final, la resurrección del cuerpo, el cielo y el infierno. Como escribió recientemente Sidney Griffith, el propio Corán:

en sus orígenes, obviamente, participó en un diálogo de escrituras, con la Torá, los Salmos, los Profetas y el Evangelio nombrados en el Corán como pariguales en esa conversación [...]. [El Corán] presupone que su público está familiarizado con las narraciones bíblicas, así como con otros aspectos de

Título:

Historia mínima de los árabes

© John McHugo, 2022

Edición original en inglés:

A Concise History of the Arabs Saqi Books, 2013

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2022

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: septiembre de 2015

Primera edición en la colección Historias mínimas: noviembre de 2022

De la traducción del inglés: © José Adrián Vitier, 2015

Diseño de la colección

Sánchez / Lacasta



Casa Árabe
البيت العربي

La traducción de este libro se ha sufragado con la ayuda de Casa Árabe.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-18895-98-2

Depósito Legal: M-24307-2022

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com